

## MI VIDA CON CAISSA Y OTROS RECUERDOS



Yo soy Horacio Tomás Amil Meilán. Como todo el mundo ignora nací el 1º de Junio de 1923 en el histórico barrio de San Telmo, en la Capital Federal. En consecuencia ya traspasé, con paso firme e irreversible, la frontera que marca el ingreso al exclusivo territorio reservado a la legión de los octogenarios. Por lo tanto, transito los años que anteceden al final de la partida, aquél que marca la inexorable caída de la flecha y en donde la Parca Átropos - blandiendo sus afiladas tijeras - asoma clara e ineluctablemente en el horizonte cercano, para aprestarse a cortar, con el mayor de los sigilos, el tenue hilo de la vida, el mismo que se encargaran de hilar Cloto y de devanar Láquesis, sus otras deidades fraternas. Y aquí sí que no hay suspendida que valga ni jugada sellada-por más secreta que sea-que alcance para salvarnos. Esto es así, a pesar de que la foto adjunta a esta autobiografía no lo permita traslucir. Sucede que se trata del último "escrache" para el que posé, y esto tuvo lugar hace una "ponchada" de lustros, para ser bien precisos, exactamente diez. De todos modos, no deja de ser un consuelo el comprobar que hay algo peor que llegar a viejo, y es morirse antes.

A la edad de cuatro años, y junto con mis dos hermanos -Andrés y César- tropezamos de súbito con el ajedrez, cuando asistíamos azorados a la contemplación de las imprevisibles cabriolas que ejecutaba un pequeño caballo de madera sobre la cuadrícula del tablero. En este punto es oportuno recordar que en 1927 se disputaba en Buenos Aires el famoso encuentro por el título mundial entre Capablanca y Alekhine.

Ese acontecimiento debió desencadenar una verdadera epidemia ajedrecística que se propagó por todos los sectores de la población, de modo que el contagio alcanzó hasta los más legos en la materia, los que se sintieron convocados para tratar de adentrarse en los secretos de este arte cautivante. Fue así que nuestro padre, junto con otros amigos tan neófitos como él, decidieron comprar un juego y un tablero para sostener en nuestra casa -lugar de las sesiones- unas diarias y prolongadas tenidas de ajedrez.

Pasaron los años y la atracción por este juego permaneció soterrada, al menos para mí. De todos modos, a través de la "Cartilla" que publicara Grau, pudimos tomar contacto con las leyes que rigen el pasatiempo y, en 1938, nos animamos a reproducir las partidas -toda una novedad para nosotros- que publicaban los diarios con motivo del trascendental torneo de A.V.R.O., disputado en Amsterdam, Holanda. La competición fue ganada *ex-aequo* por Fine y Keres, precediendo a Botvinnik, Euwe, Reshevsky, Alekhine, Capablanca y Flohr, es decir, lo más granado de los maestros de la época. Hoy en día, aún se sigue considerando a este torneo como uno de los más importantes de la historia, debido al selecto conjunto de los participantes.

Fue en 1939 en que -desafortunadamente- abandoné mis estudios secundarios en la Escuela Industrial "Otto Krause", y fue precisamente en ese año en que -por fortuna- puede decirse que establecí una verdadera relación con el juego-ciencia, la que se fue prolongando en el tiempo, de manera ininterrumpida, hasta la actualidad. Esto se debió a que en esa fecha Buenos

Aires se convirtió en la sede del "Torneo de las Naciones", en el que tomaron parte equipos representativos de 39 países, un número nunca alcanzado hasta entonces en competiciones de esa naturaleza.

Concurrí en dos ocasiones al Teatro Politeama - donde se jugaba el torneo- que estaba ubicado en la avenida Corrientes, casi esquina Paraná. Todavía es posible contemplar hoy la enorme herida inferida a la ciudad, a través del gran baldío que subsiste tras su infausta demolición. Despojado de las butacas de su platea, el aspacioso ámbito albergaba las numerosas mesas frente a cuyos tableros se ubicaban los ocasionales adversarios. Fue allí que tuve oportunidad de observar al legendario José Raúl Capablanca quién, representando a Cuba, era el que concentraba la atención preferente de los espectadores.

A la distancia, entre todos los hechos a los que asistí, el que evoco con mayor nitidez es el que presencié en mi segunda y última visita. Allí vi a Sonja Graf que, atravesando raudamente el gran vestíbulo de entrada, se retiraba visiblemente ofuscada y mascullando improperios ininteligibles -y supongo que irreproducibles- que dejaban traslucir su evidente contrariedad. No era para menos, pues acababa de caer derrotada ante la chilena Carrasco.

El torneo individual femenino lo ganó -como era previsible- Vera Menchik de Stevenson, checoslovaca nacionalizada británica. La escoltaron, en ese orden, la alemana Sonja Graf, jugadora libre, y Berta Carrasco, brillante representante trasandina. El vencedor por la disputa de la "Copa Hamilton Russell" fue el equipo alemán, encabezado por el austríaco Erich Elisaskes. El segundo puesto lo ocupó la escuadra de Polonia, cuyo primer tablero era Savielly Tartakover. Durante el desarrollo del torneo y coincidiendo con el día de emisión del matasellos alusivo a la justa -el 3 de setiembre de 1939- se desencadenó oficialmente la Segunda Guerra Mundial. En esa fecha, los gobiernos de

Francia y Gran Bretaña, en vista del fracaso de su política de apaciguamiento mantenida ante la Alemania de Hitler decidieron declarar abiertas las hostilidades contra el Tercer Reich, cuyos ejércitos acababan de invadir -el 1º de Setiembre- a su aliada, Polonia. Demás está decir que el encuentro entre los equipos polaco y alemán no llegó a concretarse, decidiéndose que dividieran los puntos. Al mismo tiempo, con motivo del conflicto bélico, la representación inglesa hizo abandono del torneo. El conjunto argentino, que ocupó un honroso quinto puesto, estuvo integrado por Roberto G. Grau, Luis R. Piazzini, Jacobo Bolbochán, Carlos E. Guimard e Isaías Pleci.

No bien concluyó el "Torneo de las Naciones" me asocié al Círculo de Ajedrez, cuya sede estaba ubicada a escasas cuatro cuadras de mi domicilio, en la calle Bartolomé Mitre, casi diagonal Roque Saenz Peña, en cuyo solar todavía existe, luego de su demolición, una playa de estacionamiento. El Círculo era el centro neurálgico de las actividades ajedrecísticas, ya que sus salones se veían desbordados por la gran cantidad de aficionados que acudían a observar de cerca a los maestros extranjeros que permanecían en Buenos Aires a causa de la guerra. Algunos se quedaron poco tiempo, como sucedió con Capablanca, Alekhine, Kéres, Tartakover, Petrov y Mikenas. Otros prolongaron su estadía durante varios años; éste fue el caso de Stahlberg, Czerniak y Sonja Graf. Muchos se afincaron definitivamente en el país y hasta llegaron a adquirir la ciudadanía argentina. Entre los asiduos concurrentes al Círculo se pueden nombrar a Miguel Najdorf, Paulyn Frydman, Markas Luckis, Jiri Pelikan, Karel Skalička, Movsa Feigins y muchos otros. Un hecho digno de mencionar es que los representantes de Alemania brillaban por su ausencia. Una atracción adicional lo constituía el hecho de que, contemporáneamente, se estuviera disputando en su sede el encuentro por el título nacional entre Carlos Hugo Maderna y Luis R. Piazzini, en el que se impuso el primero de ellos.

Entre los jugadores locales recuerdo especialmente a Roberto G. Grau y a Luis Palau que además dirigían

el club. Otros representantes conspicuos eran Alejandro Nogués Acuña, Carlos E. Guimard, Guillermo Puiggrós (esgrimiendo su infaltable habano), Luis Marini, Joaquín Ojeda, José Gerschman, Enrique Falcón, R. Fernández Coria, Renato Sanguinetti, el ameno charlista Joaquín Alonso Díaz y el inefable Francisco Benkö, quién ya portaba sus conocidas libretas con tapas de hule negro en las que coleccionaba los problemas de su interés. También eran asiduos concurrentes Carlos Kuperman, Ernesto Maeder, Aristides Góliz, Vicente Vuskovic, Saúl Senderey, Carlos Nogués Acuña, Armando Lepanto Tollerutti, Arturo J. Avellaneda, Ernesto Andueza, Miguel Marschoff, Carlos Ugalde Portela, Amadeo Lavagna, León Majlis, José Bergonselli, Normando Ivaldi, Andrés Gentile, Héctor Torcellán y, por supuesto, el publicitario y eximio dibujante Mateo Gianolio, quién ostentaba el envidiable privilegio de ser el "acompañante oficial" de la despabilada Sonja Graf. También frecuentaba el club aquél que más adelante sería el director del Centro Editor de América Latina, Boris Spivakow. En ocasión de los torneos internos y de los encuentros disputados con otras instituciones, solían acudir al Círculo otros destacados jugadores de la época, como los hermanos Jacobo y Julio Bolbochán, Luis Bensadón, Cayetano Rebizzo, Floreal Carballo, Ian Traian Illiesco y los hermanos Gómez Masía, a los que se sumaba un benjamín recién llegado y flamante ganador del Torneo Selección, que no era otro que el joven veinteañero Héctor Decio Rossetto.

No puedo dejar de mencionar el notable caso de un aficionado que, por más que se esforzaba interviniendo en cuanto torneo tenía oportunidad de jugar, no podía abandonar la cuarta categoría "B", en que militaba. Héte aquí que, de buenas a primeras, a partir de una serie de ideas que ponía a consideración de los entendidos, logró concitar la atención, entre otros, de Grau, Najdorf y Gianolio. Estos, al observar el mérito de sus intentos, lo

impulsaron para que continuara en su empeño. El personaje en cuestión, años más tarde, se consagró como un compositor de estudios y finales de relevancia internacional: se llamaba José Mugnos.

Quiero rendir aquí un homenaje especial mencionando al quinto tablero de Polonia, Franciszek Sulik, con quien durante su corta permanencia en el país llegué a establecer una sólida amistad. Era un hombre de contextura atlética y de un carácter apacible y bondadoso, que en su tierra natal ejercía la profesión de abogado. En su exilio forzoso se las tuvo que arreglar como mejor pudo y su tarea consistía en manejar un mimeógrafo en un modesto empleo que le consiguiera Grau. Recuerdo las largas caminatas que emprendíamos cuando lo acompañaba desde el Club hasta la humilde pensión en que habitaba, en las cercanías de Plaza Once. También rememoro las extenuantes sesiones de ping-pong (léase tenis de mesa) en que nos enfrascábamos periódicamente en el Círculo, deporte éste en el que Sulik era un diestro aficionado. Una vez me propuso dedicarse a enseñarme la teoría del ajedrez si yo, a mi turno, le daba clase de castellano, idioma que él pretendía manejar con mayor fluidez. Con mis diecisiete años recién cumplidos, cometí la imperdonable torpeza de no tomar en cuenta su ofrecimiento, acto del que tardíamente debí arrepentirme. Un buen día, el amigo Sulik nos comunicó que se embarcaba rumbo a Italia para incorporarse al ejército polaco del general Anders, que se aprestaba a combatir contra los nazis. Estoy seguro de que en esta empresa temeraria habrá tenido un honroso desempeño. Años más tarde me enteré -a través de Skalicka- que Sulik residía en Australia, país en el que se había radicado.

En 1944 me encontraba cumpliendo con el servicio militar y debido a la prematura desaparición de Grau, el Círculo de Ajedrez había entrado en una progresiva declinación que concluiría años después con su desaparición definitiva. Roberto G. Grau, fallecido a la temprana edad de 44 años, fue un alto exponente de lo que debe ser un dirigente cabal, y puede afirmarse sin ningún asomo de

duda, que la concreción del "Torneo de las Naciones" de 1939 se debió más que nada a su ferviente tesón, a su empuje manifiesto y a las dotes de organizador que demostró a través de su corta existencia. Además, a todas esas virtudes, unía una gran simpatía que irradiaba de su persona y una asombrosa facilidad para conquistar amistades y establecer excelentes relaciones en todas las esferas sociales en que actuaba. Se destacó también como avezado periodista en distintos ámbitos de las actividades deportivas, y fue quien inauguró la columna de ajedrez del diario "La Nación", que por suerte todavía perdura bajo el título de "Frente al Tablero".

La desaparición de Grau se produjo cuando aún era un hombre joven que estaba en condiciones de aportar sus esfuerzos en beneficio del ajedrez argentino. Debo puntualizar que su deceso acaeció de una manera incruenta, más bien podría decirse que, hasta cierto punto, su tránsito a mejor vida se puede calificar de placentero, ya que no se debió a causa de una prolongada y cruel enfermedad ni tampoco de resultados de un sorpresivo accidente. Mientras estaba inmerso en un cálido y mullido lecho y se afanaba por llevar a buen fin el Gambito de Dama Aceptado que le habían planteado, la gran sombra de la muerte se posó sobre su figura y, cubriéndolo con su manto, se lo llevó a la otra orilla del tablero. De modo que la verdad histórica nos señala que Grau sucumbió en su ley -como no podía ser de otra manera, dada su condición de consumado ajedrecista- al recibir un imprevisto como mortal "jaque de Dama".

En el Círculo de Ajedrez alcancé la tercera categoría, e incluso llegué a ganar el Torneo Metropolitano correspondiente a ese nivel. Siempre recuerdo esas madrugadas, cuando salíamos del club, una vez concluida la correspondiente ronda del torneo (el horario de juego era de 21 a 1) y con los amigos consocios caminábamos unas pocas cuadras hasta Corrientes para ir a "Las Cuartetas". Allí engullíamos dos porciones de pizza (10

centavos cada una) que acompañábamos con un civico (vaso de cerveza de 15 centavos); como postre elegíamos una apetitosa sopa inglesa o una pasta-fría (diez centavos). Para rematar el ágape, enderezábamos por Florida hasta Sarmiento e ingresábamos en el "Sorocabana", donde de pié degustábamos un delicioso y reconfortante pocillo de café brasileño (15 centavos). Total, que haciendo cuentas, habíamos "dilapidado" la fabulosa suma de 60 centavos para consumir una cena que, si bien no se la podía calificar de pantagruélica, era lo suficientemente sustanciosa como para satisfacer los requerimientos de nuestros estómagos. El apetito saciado, cada cual se dirigía rumbo a su respectivo domicilio (ya consigné que el mío se hallaba a cuatro cuadras) en procura de un sueño reparador que permitiera afrontar con éxito la continuación de la partida suspendida en la víspera.

Terminada la conscripción me asocié al Club de Gimnasia y Esgrima, sito en la calle Cangallo al 1100 a escasas tres cuadras de mi casa. No sé porque extraño designio del azar, en mi época de juventud todos los lugares que revestían cierta importancia solían estar ubicados a tres o cuatro cuadras de mi domicilio. Y esto era así, porque por entonces yo vivía en la calle Suipacha entre las de Cangallo y Bartolomé Mitre, y si por un instante suponemos que en la intersección de Suipacha con Cangallo coincidieran en encontrarse, en un punto común, los cuatro escaques centrales de un tablero imaginario (d4-e4-d5-e5), llegaríamos a comprobar que en el cuadrado circunscripto por los bordes de esa cuadrícula, dentro de su perímetro, quedaban incluidos toda una gama de establecimientos de variado tipo que configuraban la flor y nata del Buenos Aires de la época. En ese espacio, y abarcando su área de influencia, veríamos que se encontraban las casas matrices de todas las instituciones bancarias y que otro tanto ocurría con las compañías de seguros. También se hallaban allí las sedes centrales de las líneas aéreas y de navegación, así como las principales agencias de viaje y de turismo. Lo mismo acontecía con las casas de remate de objetos de arte, de muebles y